

I CONGRESO IBEROAMERICANO DE DOCENTES

CONGRESO VIRTUAL DEL 26 NOVIEMBRE AL 08 DICIEMBRE DE 2018

ALGECIRAS (CÁDIZ) DEL 06 AL 08 DICIEMBRE DE 2018

Actas del Congreso Iberoamericano de Docentes

A

B

La Antropología Filosófica y su aporte a la Medicina
en la constitución de una Antropología Médica

Mario Caponnetto

María Cristina Mazzoni

Jorge Razul

ISBN: 978-84-948417-0-5

Edita **Asociación Formación IB.**

Coordinación editorial: **Joaquín Asenjo Pérez, Óscar Macías Álvarez, Patricia Ávalo Ortega y Yoel Yucra Beisaga**

Año de edición: **2018**

Presidente del Comité Científico: **César Bernal.**

El I Congreso Iberoamericano de Docentes se ha celebrado organizado conjuntamente por la Universidad de Cádiz y la Asociación Formación IB con el apoyo del Ayuntamiento de Algeciras y la Asociación Diverciencia entre otras instituciones.

<http://congreso.formacionib.org>



red
iberoamericana
de docentes



formaciónib))

La Antropología Filosófica y su aporte a la Medicina en la constitución de una Antropología Médica

Autores:

Caponnetto, Mario; Mazzoni, María Cristina; Razul, Jorge

Entidad:

Universidad FASTA, Facultad de Ciencias Médicas.

Proyecto de Investigación Filosofía y Medicina.

Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico de contacto:

crismaz@ufasta.edu.ar

Prefacio

La formación universitaria de los profesionales médicos debe ser *integral* de modo que reconozca y promueva la centralidad de la persona evitando todo tipo de reduccionismos cientificistas, biológicos o técnicos. Esto requiere asumir al hombre en su totalidad. Si el bien que persiguen las ciencias médicas es la salud del hombre, se debe tener en cuenta que ésta no es la salud de cualquier viviente sensible que pueda ser tratado solamente desde la parte orgánica sino que presenta características especiales por ser una persona. Sostenemos, en efecto, que “*hay un modo específicamente humano de enfermar, y este modo viene dado, incuestionablemente, por la naturaleza espiritual del hombre*”¹.

Las ciencias médicas quedarían incompletas si no buscaran, además del saber fisicoquímico, fisiológico, clínico, etc., un saber que complete la visión científica. Esto sólo lo podrán obtener en una ciencia que tenga un punto de vista de totalidad acerca de su objeto de estudio, el hombre: una Antropología Médica.

El presente trabajo apunta a examinar de qué manera la Filosofía de la Naturaleza en el marco de la filosofía realista- puede hacer un aporte al estado actual de las relaciones entre la Medicina y la Filosofía, con centro en la Antropología Filosófica, en vistas a evaluar la posibilidad de la constitución de una Antropología Médica que sea presentada como una especialidad debidamente ubicada dentro de la compleja actividad científica y práctica de la Medicina.

La situación actual de la Antropología Médica

Tanto desde un punto de vista teórico como desde la perspectiva de la praxis, tanto en el orden de las formulaciones antropológicas como en el orden de los desafíos éticos, la Medicina actual, ligada al esquema positivista de la ciencia y a una visión rígidamente materialista, muestra ciertas insuficiencias en orden a alcanzar una comprensión plena del hombre en sí mismo y en cuanto sujeto de salud y enfermedad; se requiere, por tanto, el auxilio de una visión más amplia y abarcadora.

La conciencia médica de amplios y significativos sectores, sensibilizada ante esta insuficiencia, busca apoyar en una Antropología el fundamento último del saber médico. Pero la palabra *antropología* no designa siempre ni a un mismo tipo de saber ni a una única orientación de los conocimientos presentándose como un campo de conocimiento muy promisorio pero cargado de dificultades y de confusión. Así, en el momento actual, la Antropología Médica no llega a ser una ciencia formalmente constituida.

Si hacemos un brevísimo recorrido histórico desde la escuela hipocrática hasta los albores del siglo XX, en que por vez primera se comenzó a usar la designación de Antropología Médica, podemos constatar que en un primer momento, en la Antigüedad griega y cristiana, se daba un diálogo enriquecedor entre la Medicina y la Filosofía en el contexto de la unidad del saber. Así la Medicina, ocupada en la salud, era *el arte más característico y modelo de las otras artes*. Para ello tomaba algunos principios de la Filosofía Natural, se subordinaba a la Ética y se ligaba a la Metafísica y a la Teología que le proveían una especial idea del hombre y del mundo. El marco referencial era el *realismo filosófico*: la realidad es una y múltiple a la vez; toda ciencia es conocimiento de algo real; esto les otorgaba un principio de unidad y ordenación jerárquica. Testimonios de este encuentro de disciplinas lo constituyen esos conceptos claves propios de la *tradición hipocrática* tales como la physis, el hombre como microcosmos, la salud como armonía, la enfermedad como proceso, el arte médico fundado en la physis y el amor al hombre.

¹ CAPONNETTO, M. (1992). *El hombre y la medicina*. Buenos Aires: Scholastica, 47.

Pero a partir del siglo XVI, la Medicina moderna se aparta de la tradición hipocrática, ubicada en el marco más amplio y general de la *Nuova Scienza*, de raigambre nominalista en el que el conocimiento científico desontologizado se vuelve marcadamente operatorio y utilitario.

Recusadas la Teología y la Metafísica como ciencias, dejada de lado la antigua Física aristotélica, la ciencia surgida del nuevo paradigma se reduce a la llamada *ciencia positiva y experimental* cuyo cometido no es tanto comprender el mundo sino dominarlo. Surge una *Nueva Medicina* en la que la *vieja fisiología* es reemplazada por la *nueva fisiología*: la *Physis* de la tradición hipocrática fue sustituida por completo por una *Physis* reducida a puro mecanismo. Desde esta nueva perspectiva, la enfermedad es la distorsión de un mecanismo y el arte médica ya no es un arte arquetípica, conocedora de la naturaleza humana a cuyo servicio actúa, sino una técnica puramente operativa.

Pero su mayor insuficiencia reside en su incapacidad de formular una visión integral de la patología. En los últimos siglos el intento de explicar el hecho mórbido en sí mismo, en sus causas y en su sentido, se cristalizó en varios modelos que explicaron la enfermedad o bien como la expresión clínica de una lesión anatómica (Morgagni), o como expresión de una perturbación en el nivel fisiopatológico (Bernard) o como la interacción noxa-organismo (Pasteur, Koch). Pero, a principios del siglo XX algunos médicos alemanes constatan que todos estos modelos, en conjunto, acusaban una evidente insuficiencia a la hora de entender el hombre enfermo. No entendieron la patología: “*Mas cuando el clínico pasa a ser patólogo, cuando se afana por dar razón científica de lo que como tal clínico ve y hace, ¿no es cierto que la persona tratada suele quedar intencionalmente convertida en un objeto que sólo por modo comparativo puede ser llamado hombre?*”².

Pero la mera constatación de la incompetencia de la Medicina de aquella época para entender al hombre era condición necesaria pero no suficiente. Había que dirigir la mirada más allá de la Medicina a fin de hallar aquella ansiada comprensión del hombre enfermo. Se evidencia que la Medicina positivista es insuficiente para explicar todos los fenómenos médicos. La enfermedad no es un simple hecho biológico sino un acontecimiento humano, existencial y personal.

La misión de la Antropología Médica consistirá, por tanto, en reintegrar la patología al hombre volviendo, una vez más, sobre los pasos de la tradición hipocrática, superando las parcialidades de estos modelos que mantenían oculta la unidad.

En 1929 el urólogo vienés Schwarz publica *Antropología Médica*³: allí sostenía la necesidad de una ciencia básica del ser humano cuya estructura se presentaba como una realidad contradictoria hecha de naturaleza y espíritu, de contenido y forma. Esta Antropología se dirigiría a la esencia del enfermar humano haciéndose así Antropología Médica. Tras él, von Krehl, creador de la llamada Escuela de Heidelberg, representa arquetípicamente el esfuerzo de cambio de visión científica avanzando hacia la postulación de una patología personalista en su obra *Forma de enfermedad y personalidad*⁴. Por el camino único de la ciencia natural, sostiene, se corre el riesgo de que en vez de estar regidos por la naturaleza viviente lo estuviéramos por esqueletos y cadáveres. En el núcleo de esta escuela fundadora aparecen figuras relevantes tales como Siebeck y von Weizsäcker y, tras los continuadores directos, se destacan von Gebssattel, Frankl, Christian y Laín Entralgo. A este último pertenece esta precisa definición de la Antropología Médica: “*es un conocimiento científico del hombre en tanto que sujeto sano, enfermable, enfermo, sanable y mortal*”⁵. El hombre, en tanto sujeto de la enfermedad humana y objeto del saber médico, es mucho más que un sistema biofísico y bioquímico especialmente complicado. Una fisiología exclusivamente basada en la física y la química, como la que Helmholtz, Brücke y Ludwig propugnaron, no puede

² LAÍN ENTRALGO, P. (1986). *Antropología Médica para clínicos*. Barcelona:Salvat, VII.

³ SCHWARZ, O. (1929). *Medizinische Anthropologie*. Leipzig: S. Hirzel.

⁴ Von KREHL, L. (1929). *Kranheitsform und Persönlichkeit*. Leipzig.

⁵ Cfr. LAÍN ENTRALGO, P. Op.cit., XXXI.

explicar ni siquiera el hecho tan trivial de que el buen humor ayuda a bien digerir, y el mal perturba la digestión. La física y la química no pueden ser el verdadero fundamento científico del saber médico⁶.

Después de estos autores y de sus directos continuadores, la Antropología Médica ha ido abandonando esta impronta fuertemente filosófica para recalar, finalmente, en posiciones ideológicas o limitadas a instancias meramente sociológicas y culturales. La denominación pasó a ser utilizada mayormente para hacer referencia a un área de la antropología cultural o social en la que se abordan los fenómenos de salud y enfermedad así como la praxis médica en relación a determinados contextos socio-culturales. El relativismo cultural les permite explicar las distintas valoraciones de las formas de acceso a la salud desde las medicinas populares hasta los llamados sistemas medicalizados. Así son estudiadas las manifestaciones epidémicas de las enfermedades, los diagnósticos y tratamientos y las políticas sanitarias en la diversidad de los ambientes culturales

Hoy podemos preguntarnos si los fundamentos de esa primera Antropología Médica deben ser revisados, más allá del inmenso valor y vigencia doctrinal de su legado.

A nuestro parecer esta Antropología Médica nació con una debilidad que la torna incapaz, en tanto intento de un nuevo fundamento, de enfrentar los desafíos del presente: no pudo, y esto es clave, superar el dualismo naturaleza y espíritu. El hombre no es una contradictoria conjunción ni menos una *integridad de partes* de naturaleza y espíritu sino *un ente de naturaleza espiritual, un viviente espiritual compuesto de cuerpo y alma pero no a la manera de dos substancias sino a la manera de dos coprincipios de un único ente*. Y en correspondencia con esta unidad substancial las operaciones del hombre exhiben una admirable contigüidad y unidad entre el cuerpo y el espíritu.

Por tanto, ante dicha impotencia frente a los embates del nuevo materialismo hodierno, urge elaborar una Antropología Médica que sea capaz de hacerse cargo de esa clave antropológica.

La Antropología Médica de base filosófica

Así se explica nuestro intento de formular una Antropología Médica a la que concebimos materialmente médica pero formalmente filosófica. Tal saber se constituye como una ciencia subalternada a la Filosofía de la Naturaleza –en tanto ella es la ciencia superior del hombre como viviente- y a su cima, la ciencia del alma⁷.

La definimos como una *consideración de la salud y de la enfermedad humanas (y de todas las cuestiones a ellas vinculadas) y también de las acciones médicas ejercidas sobre el hombre hecha a la luz de la naturaleza específica del hombre y sus propiedades generales más inmediatas y evidentes*. Su objeto material es todo lo vinculado con la salud, la patología y la técnica médica (es decir, el saber médico propiamente dicho) y su objeto formal, esto es, la perspectiva desde la que es abordado el saber médico: la naturaleza específica del hombre y sus propiedades generales más inmediatas y evidentes (es decir el saber antropológico).

Pero para formular tal Antropología Médica hace falta revisar lo que hoy conocemos como Antropología Filosófica. Una Filosofía realista del hombre, que pretenda ahondar en la naturaleza del mismo, ha de dar una explicación de esa unidad fenomenológica que resulta tan evidente en el estudio médico.

La Filosofía aristotélica de la Naturaleza explica todo compuesto físico por la unión de materia y forma. Aplicado el hilemorfismo al ser humano, éste se presenta como unidad sustancial de alma y cuerpo que constituyen dos coprincipios intrínsecos de una

⁶ *Ibidem*.

⁷ CAPONNETTO, M. Op.cit., 57.

única realidad completa. El cuerpo humano, aunque mantenido en existencia por el alma, es un principio realmente diferente de ella; alcanza su unidad en tanto que *vive* de modo que lo *psíquico* es la unidad de lo físico; es orgánico y cada una de sus partes heterogéneas cumple una función determinada en vistas a una finalidad. Y dado que el alma que lo informa es de naturaleza *espiritual*, la corporalidad humana goza de una dignidad superior al del animal. Además, el cuerpo es *mediador* entre la interioridad y la exterioridad del mundo y revela una clara *intencionalidad*, una clara tendencia a referirse a algo otro que él mismo. Por todo esto, el cuerpo humano no es una cosa física sin más. Por su parte, el alma humana siendo forma sustancial del compuesto, es, al mismo tiempo, *espiritual*, esto es, de orden propio inmaterial, simple y subsistente. Por su ordenación a esta alma, el cuerpo apto para recibir una forma espiritual debe ser el más perfecto. Traspasado por espiritualidad, no puede ser mera res extensa ni máquina sino que debe tener una complexión adecuada.

Considerando esto, en la Antropología Médica se han de analizar las implicancias de la aplicación de la teoría hilemórfica en la explicación de la unidad sustancial del hombre, el papel de las grandes síntesis funcionales del obrar humano tanto en el ámbito cognoscitivo como apetitivo como claves explicativas de unidad de la naturaleza humana en su salud y en su enfermedad y, finalmente, el papel del desarrollo de los hábitos en la existencia humana.

La unidad del ser se trasunta en su actividad y en su padecer. En efecto, la consideración del alma humana como espíritu que está substancialmente unida al cuerpo pero, a la vez, lo trasciende, nos permite explicar la existencia de una comunión existencial del alma con su cuerpo. En este contexto, se entiende la salud como un hábito entitativo corporal que consiste en un adecuado equilibrio, complexión, armonía y relación recíproca de las partes del cuerpo en orden a una más adecuada recepción de la forma que es el alma humana. Pero lo dramático de la condición humana es que esa comunión puede, y de hecho sucede, menguar en firmeza y acusar algún grado conmoción: esta es la enfermedad; puede, también, y así ocurre, separarse: esta es la muerte. Enfermedad y muerte adquieren, por tanto, en el hombre un *modus proprio*. Así, la muerte es separación en la comunión y la enfermedad es conmoción en la comunión.

Conclusión

Abordar los temas de salud y enfermedad, dolor y muerte como también el arte del profesional y la relación médico-paciente exige trascender el plano meramente médico para abrirse a los aportes de una Antropología Filosófica que puede mirar al hombre en su unidad y en su totalidad. El médico no es un mecánico que ha de reparar una máquina rota sino un verdadero humanista: como sostiene el precepto hipocrático, la Medicina es amor al arte por amor al hombre.